



Familia

raza y nación

en tiempos de posfascismo

Fundación de los Comunes (ed.)

traficantes de sueños

útiles

© del texto, sus autoras y autores, 2020.
© de la edición, Traficantes de Sueños, 2020.



Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial 4.0 España

Usted es libre de:

*Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

*Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material

El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

*Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

*NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.

1ª edición: 1000 ejemplares.

Junio de 2020

Título:

Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo

Autoría:

Fundación de los Comunes (ed.)

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños.

taller@traficantes.net

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13, 28012 Madrid.

Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

Impresión:

Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-121259-4-8

Depósito legal: M-7126-2020

Índice

Los claroscuros de la crisis permanente y el desfile de los monstruos. A modo de introducción. <i>Isidro López Hernández</i>	13
1. Fascismo: ¿nuevo, viejo u otra cosa? <i>Emmanuel Rodríguez López</i>	41
2. ¿Un fascismo obrero y anticapitalista? <i>Brais Fernández</i>	55
3. Objetivo Europa. La nueva estrategia de la extrema derecha 2.0 <i>Steven Forti</i>	65
4. Migración y derechas radicales en Europa <i>Samuel Pulido</i>	79
5. Instrumentalización de la defensa de los derechos de las mujeres y racialización del sexismo <i>Marisa Pérez Colina</i>	99
6. Defender a la familia contra migrantes y mujeres: convergencias entre antifeminismo y soberanismo <i>Nuria Alabao</i>	111
7. «Ideología de género» y estrategias políticas de clase en el auge de los fascismos. El caso de EEUU <i>María Fernanda Rodríguez López</i>	127
8. Crisis del empleo y derechización social: hacia una crítica antifascista del trabajo <i>Álvaro Briales</i>	147
9. Vox y el dilema de las derechas <i>Pablo Carmona Pascual</i>	161
Sobre l*s autor*s	187

8. Crisis del empleo y derechización social: hacia una crítica antifascista del trabajo

Álvaro Briales

El trabajo, base fundamental de todo orden social, es y será siempre necesario.

Cartel de la Italia fascista¹

Nuestra Europa se fundará en el derecho al trabajo.

Matteo Salvini y Viktor Orbán²

Tenemos el nivel de empleo más alto, y a más americanos trabajando, que nunca antes en la Historia.

Donald Trump³

Bien entrado ya el siglo XXI, son incontables las obras que señalan el «colapso», la «decadencia» o el estado «terminal» del capitalismo contemporáneo.⁴ Como sabemos, este declive no se ha producido de un modo repentino, sino que teniendo su punto de inflexión en la crisis de 1973, se ha materializado de múltiples formas, con vaivenes acelerados, arreglos parciales y muy distintas expresiones en función de la posición de cada territorio en el mapa del poder actual.

¹ Imagen de Luisa Passerini, «Work Ideology and Consensus under Italian Fascism», *History Workshop Journal*, Vol. 8, núm. 1, pp. 82-108, 1979.

² Tuit de Matteo Salvini, 28 de agosto de 2018.

³ Discurso del 5 de agosto de 2018.

⁴ Véase, por ejemplo, Robert Kurz, *El colapso de la modernización*, Buenos Aires, Marat, 2016; Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017; Corsino Vela, *Capitalismo terminal*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

Tras la crisis global de 2008, estas tendencias se acentuaron; a día de hoy no parece viable un nuevo «pacto» social que consiga equilibrar la inestabilidad del mundo actual.

Entre los distintos planos desde los que se puede analizar la relación entre esta larga crisis y los procesos de derechización social en el siglo XXI, aquí nos vamos a centrar en el plano de la crisis del trabajo asalariado. Si entendemos que esta crisis ha alterado profundamente las bases de la sociedad del siglo XX, entonces resulta necesario actualizar también las concepciones heredadas de la izquierda del siglo XX. De forma más concreta, sostenemos que aquellas propuestas «obreristas» basadas en la centralidad social del trabajo y en los trabajadores como sujeto político central se enfrentan con límites profundos. Nuestro argumento principal es el siguiente: si la crisis del empleo en el siglo XXI es históricamente irreversible, las soluciones obreristas corren el riesgo de ahondar en un «callejón sin salida» de consecuencias potencialmente derechizantes.

Con el propósito de desarrollar este argumento comenzamos definiendo lo que entendemos por obrerismo, evitando así algunas confusiones típicas al respecto de su crítica. A continuación, desarrollamos tres dimensiones de la crisis del empleo —dimensión económica, de sentido y sindical— y a través de ellas tratamos de mostrar algunos límites del obrerismo y su relación con los procesos de derechización en el presente.⁵ Finalmente, para salir de ese «callejón», proponemos desarrollar una «crítica antifascista del trabajo», que apunte a un horizonte poscapitalista, más allá de «la sociedad del trabajo».⁶

Derechización y obrerismo en el siglo XXI

Entendemos aquí el obrerismo como aquella perspectiva que sostiene la *necesaria* centralidad y superioridad del trabajo como actividad social, definido el trabajo como

⁵ Dado el carácter sintético del texto, su intención es abordar estas claves generales en el contexto de los países occidentales, haciendo algunas pequeñas anotaciones sobre la especificidad del caso español.

⁶ Kathi Weeks, *The Problem with Work. Feminism, Marxism, Antiwork Politics and Postwork Imaginaries*, Londres, Duke University Press [de próxima publicación en castellano por Traficantes de Sueños].

rasgo central de la naturaleza humana y fuente transhistórica de la riqueza material. A partir de esta definición, podemos distinguir dos variantes generales del obrerismo. El obrerismo de izquierdas, o marxista tradicional, es aquel que sostiene que los trabajadores industriales, o la clase obrera, son *necesariamente* los sujetos centrales en la sociedad y en su transformación política. El obrerismo de derechas afirma el trabajo como rasgo de la naturaleza humana, al tiempo que omite o niega el conflicto entre clases, presentando el «interés nacional» como funcional al «interés de clase», a partir de una concepción etnicista, organicista o corporativista del Estado nación.⁷ Si se prefiere un término más expresivo, entendemos el obrerismo como «trabajocentrismo».⁸

A partir de estas definiciones generales, queremos prevenirnos sobre al menos cuatro posibles confusiones derivadas de las concepciones del obrerismo en el *marxismo tradicional*,⁹ así como en otras corrientes todavía no suficientemente problematizadas de la cultura de la izquierda: 1) la crítica del obrerismo no es una crítica al análisis de clase en general, sino una crítica de la *necesaria* centralidad del análisis de clase en cualquier circunstancia; 2) por lo mismo, la crítica del trabajo asalariado no es una crítica a quien trabaja, ni a la identidad de clase, sino una concepción que apunta a la superación de la centralidad del trabajo en el capitalismo, más que a su afirmación; 3) la crítica del obrerismo no es una crítica de la política

⁷ Para el caso español, véase Salvador Cayuela, *Por la grandeza de la patria: la biopolítica en la España de Franco, 1939-1975*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 45-90; Josefa Ruiz, *Trabajo y franquismo*, Granada, Comares, 2000.

⁸ De este modo, el obrerismo de izquierdas proviene básicamente de la tradición y legado de los principales partidos comunistas del siglo XX. En el sentido que manejamos, no entendemos como obreristas aquellas tradiciones que aun reivindicándose como *obreras*, entienden que el trabajo proletario no debe ser afirmado sino superado. En el actual debate en el Reino de España, seguramente el caso más conocido de obrerismo de izquierdas sea la obra *La trampa de la diversidad*, de Daniel Bernabé. El obrerismo de derechas no ha sido muy desarrollado en el caso español debido al claro elitismo de Vox. Lo encontramos, en cambio, de forma mucho más explícita en el discurso de Salvini en Italia, en el Lepenismo en Francia o en la AfD alemana.

⁹ Moishe Postone, *Marx reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2007.

de clase ni una minusvaloración de la importancia de los conflictos de clase, sino una crítica de la *necesaria* centralidad de esa política tal y como se ha dado en el marxismo tradicional, con su subordinación u omisión de otros ejes de clasificación social; 4) la crítica del obrerismo no es una crítica de «lo obrero», sino una crítica de la identificación directa de los conceptos de clase y trabajo,¹⁰ y un cuestionamiento de que el factor más importante en la definición de la clase sea *necesariamente* la relación con el trabajo, y no otras propiedades pertinentes dependientes del contexto político particular.

Aclaradas estas posibles confusiones, nos preguntamos entonces por los riesgos políticos derivados de insistir en el trabajocentrismo en el contexto del siglo XXI. Si por derechización social entendemos los procesos de expansión del apoyo y consentimiento al orden capitalista y a su desigual distribución de la riqueza y el poder, nuestra hipótesis es que, bajo las condiciones de la crisis del empleo en el siglo XXI, la afirmación obrerista del trabajo es un factor que contribuye a alimentar las condiciones de tal derechización social. O siguiendo la hipótesis de la obra *Arbeit macht frei*, «en el fascismo se intensifica el carácter central que el trabajo humano posee bajo el capitalismo como mediador social y generador de valor».¹¹ En otras palabras, la idea que sostenemos es que la afirmación obrerista del trabajo es una condición necesaria —pero no suficiente— de la derechización, siempre teniendo en cuenta que no hablamos de una simple relación directa entre obrerismo y derechización, sino de un proceso complejo. Se sigue de esta hipótesis que las alternativas posobreristas pueden contribuir a una política antifascista mejor adaptada a las condiciones del presente.

Los callejones sin salida del obrerismo

Para desarrollar la anterior hipótesis, en este apartado vamos a tratar brevemente tres dimensiones de la crisis del empleo en el siglo XXI: la crisis económica del empleo,

¹⁰ K. Weeks, *The Problem with Work...*, cap. 1.

¹¹ Alejandro Andreassi, *Arbeit Macht Frei: el trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2004, p. 9.

la crisis del sentido del empleo y la crisis del sindicalismo laboral. A través de estos tres planos, vamos a señalar algunas posibles consecuencias contraproducentes del trabajocentrismo en el contexto actual, para así abordar críticamente su superación.

La crisis económica del empleo

Tras la salida ultraneoliberal de la crisis de 2008, se está poniendo cada vez más de relieve la incapacidad estructural del sistema para producir un volumen de empleo acorde al actual grado de asalarización de la población. Esta crisis del empleo se expresa a nivel global en distintos planos: 1) el aumento de la proporción de empleo en el sector servicios y el declive del empleo del sector industrial; 2) el aumento del volumen y proporción de empleo precario, y la multiplicación de figuras flexibles, atípicas o parciales, así como de estrategias de economía informal, alegal o ilegal; 3) el aumento de la población desempleada, superflua o sobrante para el capital, que es expulsada del empleo pero sigue necesitando renta para sobrevivir. No obstante, a pesar de esta crisis del empleo, la necesidad del salario para la reproducción de la vida sigue siendo fundamental, debido a la creciente mercantilización de la riqueza social, al endeudamiento y a la financiarización de las economías domésticas.¹² En síntesis, podemos hablar de una tendencia no lineal pero creciente a una «sobreproducción de fuerza de trabajo»,¹³ esto es, una sociedad donde crece la dependencia del salario para acceder a la riqueza, mientras cada vez hay menos y peores puestos de trabajo.¹⁴

¹² Isidro López y Emmanuel Rodríguez, *Fin de ciclo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

¹³ Corsino Vela, *La sociedad implosiva*, Bilbao, Muturreko Burutazioak, 2015, pp. 173-174.

¹⁴ En los datos del caso español, tenemos aproximadamente 4,4 millones de asalariados con contratos temporales (de los cuales, un 60 % tienen una duración menor a seis meses). Hay 3,3 millones de desempleados de los cuales solo uno de cada cuatro cobra alguna prestación. La jornada laboral media se sitúa en las 38 horas (si bien varía entre las 25 y las 45 horas, según sectores), mientras un tercio de los asalariados no alcanza el salario mínimo y la mitad se sitúa por debajo de los 15.000 euros brutos al año (datos del 4º trimestre de 2018, según la Encuesta de Población Activa; y de la Agencia Tributaria, 2017).

En vez de apuntar a la superación del trabajo asalariado como vía principal de acceso al consumo, las propuestas obreristas afirman el objetivo de «recuperar» el empleo perdido, subrayando la importancia de factores como las deslocalizaciones —«X país nos quita los trabajos»—, la desregulación promovida por la globalización económica o la pérdida del poder del Estado en la política económica. Y en efecto, tales explicaciones captan una verdad parcial de los efectos reales del neoliberalismo en el empleo. El obrerismo de derechas llama así a refundar Europa en torno al «derecho al trabajo» —como dicen Salvini y Orbán—, o se presenta de un modo mesiánico y redentor, como en el caso de Trump, quien afirmó ser «el mayor creador de empleo que Dios haya visto», al tiempo que añadía «tenemos más americanos trabajando que en ningún momento de la historia. Nunca nadie lo hubiera creído».

Sin embargo, ni las extremas derechas ni ninguna otra opción que se mueva en las coordenadas centradas en el empleo están en condiciones de resolver materialmente la crisis del empleo. Ninguna de estas perspectivas plantea soluciones sustanciales respecto de los problemas del ahorro neto de empleo que resulta del crecimiento constante de la productividad, el desempleo tecnológico, la rentabilidad decreciente de la inversión en actividades productivas, la distribución polarizada del tiempo de trabajo entre hiperexplotados y desempleados o la intensificación del mecanismo de la competencia. Sin problematizar la tendencia estructural a la escasez de empleo, las extremas derechas no tienen otra salida que gobernar políticamente la creciente precariedad generalizada: por ejemplo, confundiendo la creación de empleo con la creación de puestos de trabajo, luchando por generar ventajas competitivas en el campo tecnológico o comercial, mediante el «reparto del desempleo» a través de la expansión del precariado y de la población sobrante para el capital, y multiplicando las segmentaciones de los mercados laborales según clase, raza, sexo o edad, para adaptarlas en función de las fluctuantes necesidades del mercado.

El sentido de los lemas *America First* (Trump), *Prima gli italianni* (Salvini), o *Los españoles primero* no se dirige así tanto a garantizar empleo en condiciones a la mayoría de los nacionales como a dinamizar la guerra entre pobres. Por un lado, la afirmación de lo femenino-patriarcal, o el control de fronteras, se dirige a disciplinar a esos

segmentos para que acepten una restricción del empleo o un acceso al mismo en situación de desventaja. Por otro lado, proporciona algunas pequeñas ventajas a los trabajadores varones nacionales respecto de otros grupos, pero únicamente en la medida en que se conformen con un trozo marginal de la riqueza social en comparación con la riqueza que concentran las élites globales.

La crisis de sentido del empleo

Además de las dificultades de las políticas económicas para crear empleos suficientemente remunerados, el contenido de buena parte de los empleos en la economía neoliberal actual satisface cada vez menos el sentido que las clases trabajadoras esperan encontrar en la actividad a la que dedican buena parte de sus vidas. Así, por ejemplo, según una encuesta mencionada por David Harvey,¹⁵ el 70 % de los trabajadores a tiempo completo en Estados Unidos odian ir a trabajar o propagan el descontento en el trabajo. En la misma línea y de acuerdo con la original investigación de David Graeber sobre la utilidad que los empleados perciben subjetivamente respecto de su propio empleo, «algo más del 50 % de toda la fuerza laboral estaría ocupada en trabajos de mierda, en el sentido más amplio del término».¹⁶ Y si pensamos no solo en el sinsentido de millones de empleos del sector servicios, sino además en los efectos de la intensa presión temporal y la competitividad en la mayor parte de sectores, nos vemos obligados a reconocer una fuerte crisis del sentido del empleo.

En este contexto, aquellas visiones para las cuales el trabajo debe ser la actividad central de la vida y la fuente principal de satisfacción se topan con otro límite profundo. Otra de las contradicciones principales de los posfascismos reside en que su concepción del trabajo como actividad central se da en unas circunstancias en las que la mayoría de trabajadores perciben su empleo como un trabajo «de mierda» sin ninguna utilidad sustancial más allá de ser el medio de obtención del salario.

¹⁵ David Harvey, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Madrid y Quito, Traficantes de Sueños e IAEN, 2014, pp. 263-264.

¹⁶ Trabajos que Graeber clasifica entre lo que denomina lacayos, esbirros, parcheadores, marca-casillas y supervisores. David Graeber, *Trabajos de mierda: una teoría*, Barcelona, Ariel, 2018, p. 101.

Para contrarrestar esta contradicción, la solución posfascista encuentra una de sus bazas fundamentales en la afirmación de una particular ética del trabajo basada en el reconocimiento de la figura del «trabajador nacional» o, en las versiones más neoliberales, del «emprendedor nacional». En esa visión, la actividad remunerada constituye la base de la contribución a la riqueza y prosperidad de la nación. Mediante la idealización de la patria y del trabajo, las extremas derechas tratan de suplir esos déficits mediante una hiperinflación simbólica de la figura del trabajador autóctono como héroe nacional. Investir de «honor» al trabajador nacional tiene el efecto de mitigar parcialmente las consecuencias materiales de la precariedad, activando el orgullo del trabajador varón, así como su modelo familiar asociado. En paralelo, el utilitarismo neofascista representa todo no-trabajo como pasividad y degradación, en las figuras del «vago», el «vividor» y todos aquellos que «no pagan impuestos» o «no han cotizado en su vida», aquellos que al no contribuir monetariamente al Estado carecerían de cualquier tipo de valor social.

Como ya ocurrió en el pasado, tras las derrotas del movimiento obrero en los fascismos históricos, una de las vías para gobernar políticamente a la clase trabajadora es ofrecer una suerte de intercambio que podría caricaturizarse así: «Si te olvidas de la lucha de clases, tendrás el honor de ser el sujeto central de la nación». Podemos hacer la analogía con la definición del «Estado nazi como un Estado del trabajo». ¹⁷ O, en las palabras de Hitler, «ningún alemán podrá ser admitido en la comunidad del pueblo [*Volksgemeinschaft*] sin pasar por el Frente Obrero Alemán». ¹⁸ Si bien lógicamente no podemos hacer un paralelismo directo con el presente, creemos pertinente indagar en el modo en que las nuevas derechas intensifican la concepción moderna del trabajo y de los trabajadores para tratar de reforzarse sobre lo que son las bases constituyentes del capitalismo. ¹⁹

¹⁷ Emmanuel Faye, *Heidegger. La introducción del nazismo en la filosofía*, Madrid, Akal, 2018, p. 140.

¹⁸ Véase *El triunfo de la voluntad*, 1934, película de propaganda nazi de Leni Riefenstahl.

¹⁹ Para profundizar en esta cuestión, véase Joaquín Pérez Rey y Adoración Guamán, «Derecho del trabajo del enemigo: aproximaciones histórico-comparadas al discurso laboral neofascista» en *Neofascismo. La bestia neoliberal*, Madrid, Siglo XXI, 2019.

Con todas sus variantes, la asociación entre patria y trabajo ha sido común en el obrerismo estalinista tal y como típicamente se representó en el estajanovismo; así como en la versión del gran Estado socialdemócrata o fordista y, sin duda también, en el Estado neoliberal, si bien bajo esa imposible figura del trabajador-empresario que sintetiza el emprendedor. Conviene, por tanto, recordar que la idealización del trabajador nacional no es exclusiva de los Estados fascistas. Se trata más bien de una suerte de mística colectiva que los regímenes autoritarios tienden a intensificar partiendo de la base subyacente a todos los obrerismos estadocéntricos.

En síntesis, con estas claves podría comprenderse mejor cómo aquellos sectores populares despolitizados pueden llegar a consentir activamente su dominación, al inflar una determinada ética del trabajo mientras luchan de facto contra sus propios intereses de clase. En palabras de Thomas Frank, en relación con el éxito social del neoconservadurismo estadounidense, se trata de entender a los «fornidos patriotas proletarios jurando lealtad a la bandera mientras renuncian a sus propias oportunidades en la vida; pequeños granjeros votando con orgullo para que les echen de sus propias tierras; abnegados padres de familia asegurándose de que sus hijos nunca puedan permitirse ir a la universidad, ni tener una atención médica decente; tipos de clase obrera en ciudades del Medio Oeste celebrando la victoria aplastante de un candidato cuyas políticas acabarán con su modo de vida, transformarán su región en un “cinturón industrial” y asestarán a la gente como ellos golpes de los que nunca se repondrán».²⁰

La crisis del sindicalismo laboral

Por último, podemos mencionar un par de ideas significativas sobre la relación entre la crisis del empleo, la crisis del sindicalismo y el proceso de derechización.

El tejido productivo actual viene caracterizado por procesos de trabajo hiperfragmentados, el aumento de la contratación temporal, la subcontratación masiva, una rotación

²⁰ Thomas Frank, *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*, Madrid, Antonio Machado, 2008, p. 36.

y movilidad laboral crecientes, desempleo tecnológico, deslocalizaciones y un marco de negociación colectiva muy debilitado tras sucesivas reformas laborales. Todo ello ha derivado, lógicamente, en el declive de la conflictividad laboral y del poder de negociación de las clases trabajadoras, centradas sobre todo en resistir y defender las condiciones laborales mínimas existentes —lo cual no es poco—.

En estas circunstancias, las extremas derechas más obreristas —no es el caso español, pero sí el de Italia o Francia— han afirmado al trabajador nacional y, en especial, a los trabajadores manuales, víctimas de la globalización y depositarios de los valores de honestidad y esfuerzo. En paralelo al declive del neoliberalismo progresista²¹ y al vacío político dejado por las diversas formas de desencanto en las distintas izquierdas, es posible que las nuevas derechas recojan apoyos significativos de sectores populares,²² a menudo en regiones donde los valores tradicionales del obrerismo de izquierdas estaban relativamente arraigados.²³

Para prevenir ese trasvase de apoyos electorales y sociales del viejo obrerismo de izquierdas al actual obrerismo

²¹ Nancy Fraser, «El fin del neoliberalismo “progresista”», *Sin Permiso*, 12 de enero de 2017.

²² Si el obrerismo marxista concebía al fascismo esencialmente como un régimen de control de la clase obrera y a la clase obrera como el sujeto político predestinado a derrocar el capitalismo, entonces la clase obrera estaría de algún modo «vacunada» contra el fascismo. Si bien nuestro enfoque no implica de ningún modo afirmar que la clase obrera tenga condiciones especiales para derechizarse, también sostenemos que no existen motivos a priori que impliquen que la clase obrera, por el solo hecho de serlo, tenga que organizarse *necesariamente* contra el fascismo: puede hacerlo, y así ha ocurrido en distintas circunstancias históricas, pero también cabe la posibilidad de que encuentre grandes dificultades para ello, como mostró Sergio Bologna en *Nazismo y clase obrera*, Madrid, Akal, 1999. Inclusive, importantes sectores obreros puedan aliarse con las extremas derechas, aun cuando históricamente no hayan sido la clase predominante de las bases fascistas. Véase, a este respecto, Robert Paxton, *Anatomía del fascismo*, Madrid, Capitán Swing, 2019 [2006], pp. 94-96.

²³ Un par de artículos útiles son los de Guillermo Fernández, «Marine, la candidata de los obreros», *Ctxt*, 21 de abril de 2017; o el de Steven Forti, «El caballo de troya de la extrema derecha», *Ctxt*, 3 de julio de 2019. Y sobre todo el libro ya mencionado de Thomas Frank, *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*, Madrid, Antonio Machado, 2008.

de derechas o a un renovado *rojipardismo*,²⁴ cabría tomar, a nuestro juicio, determinadas precauciones, especialmente a la hora de realizar una defensa del empleo *en general*. De este modo, si bien no cabe duda de la importancia de seguir defendiendo los derechos laborales donde estos siguen siendo efectivos, también es preciso valorar que, desde el punto de vista de la construcción de una sociedad poscapitalista, muchos sectores de la actual economía deberían observar una radical transformación e incluso, en algunos casos, tendrían que desaparecer. En este sentido, hay una diferencia política sustancial entre una defensa acrítica de cualquier empleo en cualquier circunstancia —algo que puede apropiarse fácilmente la derecha— y una defensa del derecho a unas condiciones de vida dignas en cualquier circunstancia.

Sintéticamente, podemos ilustrar este argumento a partir de tres ejemplos de sectores laborales típicamente atravesados por estas contradicciones: la defensa del actual modelo del taxi en el contexto de la necesidad de reducir el uso del coche en las ciudades; la defensa de la minería del carbón dada la crisis ecológica y la necesidad de avanzar hacia energías renovables; y la defensa de la construcción de barcos para fines militares. Es comprensible que estas actividades deban reducirse o, en un futuro, eliminarse, pero es bien distinto optar por defender los empleos de esos sectores como fines en sí mismos que optar por defender el derecho *en general* de esos trabajadores a acceder a una riqueza garantizada, independientemente de que su sector sea viable, o incluso deseable. En un marco de defensa acrítica de cualquier tipo de empleo, el obrerismo puede presentarse como salvaguarda de «los trabajadores nacionales», tal y como han hecho Le Pen o Trump con sus críticas a la deslocalización de sus respectivos sectores productivos nacionales. Sin embargo, desde la defensa más amplia del derecho a unas condiciones *de vida* dignas, debe quedar abierta la posibilidad de la crítica al empleo. Para ello se han de buscar alternativas de transición que pasen, o no, por el empleo, pero que siempre garanticen alternativas dignas, sin que por ello se produzca ninguna minusvaloración de las personas concretas que han realizado tales actividades. Dicho en otras palabras, solo conseguiremos desactivar el obrerismo de

²⁴ Ángel Ferrero, «Una historia exprés del rojipardismo (I y II)», *El Salto*, 8 y 16 de diciembre de 2018.

derechas en la medida que se garanticen las condiciones de vida en general, independientemente de la disponibilidad o no de puestos de trabajo.

Por último, en relación con la cuestión sindical, es importante que la crítica de izquierdas se dirija al trabajo por su *contenido*, y no a las personas que realizan tales trabajos. Existe un riesgo político importante cuando se confunde la crítica del carbón o de la construcción de barcos militares con la crítica de los mineros o de los trabajadores de los astilleros. Mientras esos trabajadores no dispongan de alternativas de vida factibles, la crítica de tales empleos no es sostenible.²⁵ De ese modo, en vez de un sindicalismo obrerista que afirme el «derecho al trabajo» en abstracto —el cual podría ser cooptado en el marco de la defensa posfascista del trabajador varón nacional—, el sindicalismo crítico debería afirmar, sobre todo, el derecho a la vida digna. Si el trabajo nunca ha sido un fin en sí mismo, el sindicalismo habrá de ser cauto en sus argumentos en defensa del empleo, al menos si no quiere reproducir directa o indirectamente el paradigma de la *necesaria* centralidad del trabajo y los trabajadores, un paradigma ahora susceptible de ser reapropiado para otros fines.

Salir del callejón: hacia una crítica antifascista del trabajo

Al volver sobre la hipótesis inicial de la relación entre la afirmación de la centralidad del trabajo asalariado y los procesos de derechización, la pregunta que resulta podría resumirse así ¿en qué consiste concretamente una crítica «antifascista» del trabajo? La respuesta supone básicamente descentrar el trabajo como actividad principal de la vida y fuente exclusiva de acceso a la renta y la riqueza. En la misma línea, esto implica desplazar la figura del

²⁵ Merece la pena destacar el debate en Cádiz respecto a los astilleros, el empleo y la industria militar en los años 2015 y 2016. Desde nuestro punto de vista, el alcalde de Cádiz, *Kichi*, no realizó una defensa obrerista del empleo en general, sino una defensa de las condiciones de vida de las personas que no tienen por el momento otra alternativa factible más que trabajar en los astilleros. Asumiendo la contradicción, muestra el problema práctico desde la izquierda sin esencializar el trabajo.

trabajador —o del emprendedor— nacional, al tiempo que se promueven formas de sindicalismo social orientadas preferentemente a un acceso a la riqueza progresivamente autónomo del empleo. Con el fin de desactivar las condiciones de la derechización social en el terreno del empleo podemos mencionar algunas alternativas en los distintos planos analizados.

Desde el punto de vista económico, frente al mantra de la creación de empleo, las propuestas críticas pueden profundizar en medidas como la reducción de jornada sin reducción de salario o como la renta básica universal. Con el fin de desactivar las condiciones de la guerra entre pobres debida a la escasez de empleo y prestaciones, se trataría de construir sectores laborales con empleos que no estén sujetos ni a la competencia sistemática, ni al criterio del beneficio como objetivo exclusivo: empleos arraigados en territorios en los que resulte posible una relativa autonomía social, como cooperativas políticamente orientadas o actividades asalariadas con un propósito social o colectivo. Desde el punto de vista de la crisis del sentido del empleo, sería necesario avanzar también en el reconocimiento de todas aquellas actividades que son de utilidad social y tienen sentido en sí mismas, por su propio contenido, independientemente de su carácter remunerado. Y desde el punto de vista sindical, se trataría de reorganizar las líneas de lucha para, por un lado, defender las condiciones laborales en aquellos sectores que puedan readaptarse pensando en un horizonte poscapitalista y, por otro, plantear mecanismos de transición a fin de sustituir aquellos sectores potencialmente perjudiciales u obsoletos de cara a una futura reorganización del trabajo. El sindicalismo podría orientarse también a ampliar la lucha laboral hacia la idea del «sindicalismo social», centrada en la reproducción de la vida en su conjunto —derecho a la vivienda, a la movilidad, a la alimentación, etc.—; un sindicalismo por tanto más anclado al territorio que en la empresa; más preocupado por la riqueza que por el salario. Y si bien muchas de estas medidas no parecen explícitamente antifascistas, serán de facto antifascistas en la medida en que ayuden a superar la concepción y la práctica del trabajo como «el más ineludible de los deberes».²⁶

²⁶ Discurso de la Victoria, Francisco Franco, 1939.